



Íconos. Revista de Ciencias Sociales
ISSN: 1390-1249
revistaiconos@flacso.org.ec
Facultad Latinoamericana de Ciencias
Sociales
Ecuador

Kohn, Eduardo
Persona, religión y jerarquía. Comentarios al dossier de Íconos 22
Íconos. Revista de Ciencias Sociales, núm. 23, septiembre, 2005, pp. 111-114
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
Quito, Ecuador

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=50902312>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

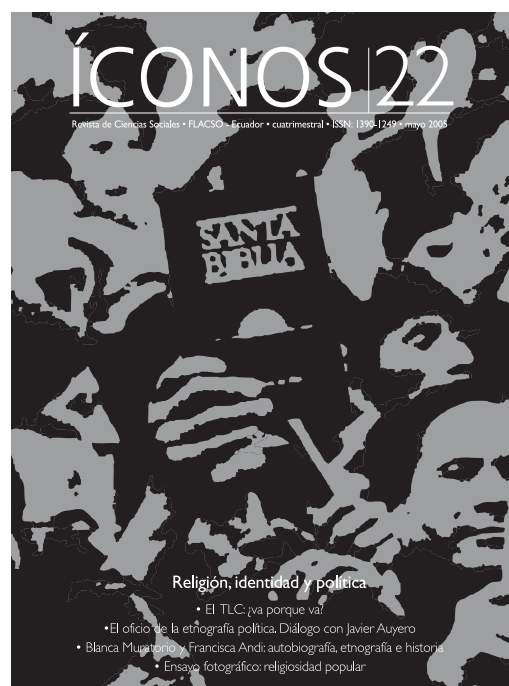
Persona, religión y jerarquía

Comentarios al dossier de Íconos 22

Eduardo Kohn

Universidad de Michigan, Ann Arbor, EE.UU.

Quisiera destacar algunos temas importantes que surgen luego de considerar el conjunto de ensayos que conforman este importante dossier sobre la religión y su relación con la política y la identidad. Tenemos aquí cinco estudios de caso, más una valiosa introducción escrita por Carmen Martínez que procura situarlos dentro de las corrientes intelectuales así como dentro de su ámbito histórico. ¿Cómo debemos entender el papel actual de la religión en la región andina y subandina? A nivel mundial, la religión ha surgido como un factor importante en la política contemporánea. Esto ha afectado la manera en que se forman los miembros de diversos grupos sociales como sujetos con capacidad de actuar políticamente. Los esquemas analíticos que contraponen la religión y lo tradicional, por un lado, con la modernización, la secularización y el cambio, por otro, no nos permiten entender el poder organizativo radical que tiene la religión. Tampoco se debe ver a los misioneros únicamente en términos negativos, o sea como agentes imperialistas ajenos a las realidades en las que se insertan, ya que a estas alturas la dinámica que ellos han introducido ha adquirido una vida local que ha tomado su propia trayectoria. ¿Cómo, entonces, entender esa capacidad peculiar que tiene la religión para transformar de una manera tan profunda al sujeto? ¿Y cómo entender las posibilidades políticas que estas transformaciones, a su vez, crean? Estos son los desafíos que nos propone Martínez en la in-



roducción. Y deja a los estudios de caso que siguen la tarea de ilustrar la dinámica que ha hecho de la religión una fuerza potente de transformación.

A lo largo del dossier, esta tarea se cumple de una manera perspicaz e iluminadora, y al hacerlo se revelan varios aspectos inesperados. Mi propósito es simplemente de trazar algunos de los hilos conductores que unen a los varios ensayos que componen este dossier de *Íconos*. Emergen al menos dos variables importantes y entrelazadas que nos permiten entender la dinámica peculiar que proporciona la religión para el ámbito político. Este comentario se limitará a trazar estas variables y como se relacionan entre sí, con el fin de entender la manera en que su interacción crea la posibilidad de una nueva acción política. Estas dos variables son la persona, por un lado,

y el papel que juega la jerarquía en transformar a la persona, por el otro.

Las religiones tratadas aquí (tanto la católica como algunas de las variantes del protestantismo) producen transformaciones profundas en la persona gracias a la manera en que la insertan dentro de una nueva jerarquía. Esto crea cambios estructurales de mayor dimensión ya que, por un lado, se transforma la jerarquía existente (sea ésta doméstica o social) bajo la cual estaba inmersa la persona y, por otro, esta nueva persona adquiere posibilidades de actuar en las jerarquías nacionales más amplias.

Al parecer, este poder de involucrar a la persona en una jerarquía nueva se desarrolla de una manera sorprendente cuando las religiones logran penetrar, aprovechar y afectar las estructuras más íntimas del núcleo doméstico. Este proceso es admirablemente analizado por los estudios de Mares Sandoval y Steve Rubenstein. Sandoval toma el caso de un sistema de albergues organizado por un grupo evangélico español en los barrios marginales de Quito. Los albergados -personas que han acudido a estos lugares por una serie de problemas como la violencia doméstica y el alcoholismo- se internan dentro de estas "casas" y son sumergidas en una jerarquía muy marcada, que reproduce las lógicas de un hogar paternalista -con los misioneros y misioneras en el papel de padres y madres-. El concepto reinante en estos albergues es el de "obrar". Los internados aprenden la disciplina del trabajo, tanto en los quehaceres domésticos como en labores remuneradas. El obrar, como modo de acción en el mundo, es una disciplina totalmente intercalada con una jerarquía que va desde el "hogar" del albergue hasta el dominio de Dios. Los albergados aprenden a obrar para escalar los rangos de esta jerarquía y, en el proceso, también aprenden a obrar sobre sí mismos y de esta manera se moldean como personas.

El caso de la misión católica salesiana entre los shuar de la Amazonía ecuatoriana, analizado por Rubenstein, demuestra lo difícil que es

cambiar las estructuras domésticas cuando uno intenta hacerlo a través de los adultos quienes, por ende, ya están formados. Por ejemplo, los salesianos no tuvieron gran éxito en convencer a los ancianos guerreros de la importancia de la monogamia, pero sí pudieron transformar a los hijos y nietos. Empleando una de las tácticas más nefastas de la colonización en las Américas (perfeccionada por los jesuitas en la Amazonía en el siglo XVIII y también utilizada en el oeste norteamericano y en el ártico de Canadá, entre otros lugares) los salesianos se dieron cuenta de que si lograban sacar a los niños de sus ámbitos familiares e internarlos en "la misión" podían obtener cambios mucho más profundos en ellos y, por consecuencia, sobre la sociedad indígena. Lo lograron, según nos demuestra Rubenstein, gracias a una habilidad para efectuar una especie de "traducción" entre la estructura tradicional del hogar shuar y la jerarquía socio-económica, política y racial del estado ecuatoriano. La jerarquía de la iglesia católica servía como medio para esta traducción, y la misión funcionaba como el sitio en donde esto se hacía realidad. Al pasar por esta jerarquía, el niño shuar salía transformado, y a través de él, también se transformaba la relación que tenían los shuar con un mundo más amplio.

El trabajo de Elizabeth Roberts sobre los debates que surgen alrededor de la preservación de embriones en las clínicas de fertilización en el Ecuador, proporciona un espacio para entender cómo nuevas tecnologías nos llevan a entablar un debate sobre el significado de lo que es ser persona dentro de un escenario mucho más íntimo que el simple seno doméstico. Debates éticos fundamentales acerca de lo que significa ser "persona" se dan alrededor del conflicto perpetuo en estas clínicas sobre el problema de qué hacer con los embriones que sobran después de los tratamientos. Éste es un caso sumamente interesante porque en el Ecuador la iglesia aún no se ha pronunciado sobre estas prácticas. La posición oficial



de la iglesia a nivel mundial es que el embrión es vida humana y, por ende, los embriones que sobran se los tendrían que conservar. Sin embargo, para muchos ecuatorianos que se consideran fieles católicos, el problema no radica en conservar una vida potencial y anónima, sino en el abandono de un miembro de la familia, al dejar a estos embriones a la merced de las clínicas que los conservan. Para estas personas, Dios está “más preocupado con el virtual abandono de niños” que con la eliminación de embriones. Esta es una posición ética, supuestamente católica, que tiene implicaciones muy importantes para el significado de lo que es ser persona. Sin embargo, va en contra de la posición oficial de la iglesia.

El trabajo de Roberts revela algo importante que se ve en casi todos los casos presentados en este dossier: en contextos nuevos las estructuras, credos o valores establecidos por la iglesia católica y las misiones protestantes llegan a salir fuera del control de estas mismas instituciones. En el espacio que resta, quisiera vincular esta dinámica con la manera en que el manejo de la jerarquía juega con la formación de

una nueva clase de persona. También quiero considerar las formas en que estas nuevas personas actúan de una manera “nueva” fuera del control de la misma iglesia que les dio vida.

He mencionado que la iglesia, con su estructura, sirve como una especie de traductora entre una estructura social-política local, como en el caso shuar, y una más amplia, la del estado. Alberto Zalles, en su trabajo sobre la colonización campesina en la región subandina de Caranavi-Alto Beni, Bolivia, demuestra como esto tiene que ver con ciertas propiedades estructurales de los estados actuales andinos que las religiones logran explotar. En un estado moderno podemos pensar que hay dos esferas de control: una es el hogar y la familia, y la otra es el estado, dentro del cual va insertada esa familia. En muchos casos, en las zonas territoriales periféricas, la influencia del estado ha sido mucho menos fuerte y esta segunda esfera de control no existe. Aquí es donde entra la misión religiosa. Como destaca Zalles, la iglesia asume el papel del estado, se asigna ese rol. En el caso del que nos habla Zalles, los luteranos logran insertarse dentro

del poder local a tal punto que un pastor norteamericano alcanza a ser alcalde de Caranavi. Cuando la religión se involucra con el poder, también lo modifica.

El caso analizado por Susana Andrade sobre los indígenas evangélicos de la provincia de Chimborazo en Ecuador, como el antes mencionado caso de los shuar descrito por Rubenstein, muestra los caminos inesperados que puede tomar la relación entre política y religión. El hecho de que la iglesia evangélica haya podido tener tanto impacto en Chimborazo se debe justamente a la falta de la presencia de un estado moderno para garantizar los derechos humanos básicos de la comunidad indígena (que hasta hace poco vivía bajo el yugo del poder hacendatario). Con la llegada de la iglesia evangélica, los indígenas encontraron un camino que los llevaba fuera de esa jerarquía. Se volvieron “personas nuevas” ya no sujetas a las jerarquías viejas de la iglesia católica y del racismo nacional en general. Sin embargo, lo curioso es que al salir fuera de estas jerarquías, también perdieron cualquier acceso al poder del estado. La iglesia evangélica de origen norteamericano está unida a una estructura de poder estadounidense, y los valores que adoptan los indígenas son correlativos a ese poder. Esto es muy diferente al caso shuar en donde la misión vino paulatinamente asumiendo la estructura del estado ecuatoriano, y sus alumnos poco a poco fueron heredando esta estructura. Esto sucedió a tal punto que de una estructura misionera nació la Federación Shuar, que brindó visibilidad a los shuar en calidad de persona colectiva, de grupo étnico. Los shuar, antes de la presencia salesiana, quedaban fuera tanto del control estatal como del acceso a su poder. Gracias a la misión, se apropiaron de un aparato que imita a la estructura estatal, y con esto pudieron entrar a la esfera de influencia del poder público del estado. Los shuar son los primeros indígenas en el Ecuador en tener una federación y, como tal, fueron un soporte indispensable pa-

ra la Conaie en su lucha por la visibilidad en la política nacional de la última década.

Los indígenas evangélicos de Chimborazo, por estas mismas razones, estuvieron apartados de la Conaie y de todos los logros que ésta organización obtuvo. Que hayan estado aislados de este movimiento se debe en gran parte al hecho de que estaban afiliados a una iglesia con fuertes tendencias derechistas, con cierto pavor -inspirado por la Guerra Fría- a cualquier grupo que pudiera tener objetivos de cambio social. Pero también se debe al hecho de que, a diferencia del caso de los shuar (que al entrar a la misión se formaban como ecuatorianos), los indígenas de Chimborazo al ingresar a la misión evangélica salían en cierto sentido de la órbita nacional y, por ende, también se aislaban de los caminos que conducían a las estructuras estatales de poder.

Todo esto ha cambiado en los últimos años. Ahora son frecuentes las alianzas entre la Conaie y los indígenas evangélicos en los levantamientos y las elecciones nacionales (aunque son igualmente frecuentes los desacuerdos). Para entrar en estas alianzas, los indígenas evangélicos han tenido que identificarse no sólo como personas nuevas sino como ecuatorianos también. Un ejemplo de ello es el que nos proporciona Susana Andrade en el caso de un locutor de radio indígena que insistió, a pesar de las críticas de los misioneros norteamericanos, en tocar música nacional en una emisora evangélica. Al asumir un puesto dentro de la sociedad ecuatoriana, los indígenas evangélicos buscan construir ya no una nueva persona, sino una nueva política ecuatoriana. La persona se vuelve un ente más grande que el individuo, y como tal puede actuar en un campo más amplio que lo personal. Y esto, como demuestran los estudios de caso de este dossier, no se debe al hecho de resistir, ignorar o negar las jerarquías existentes sino, más bien, a la forma en la que se las apropia y, en este proceso, también se las transforma.